

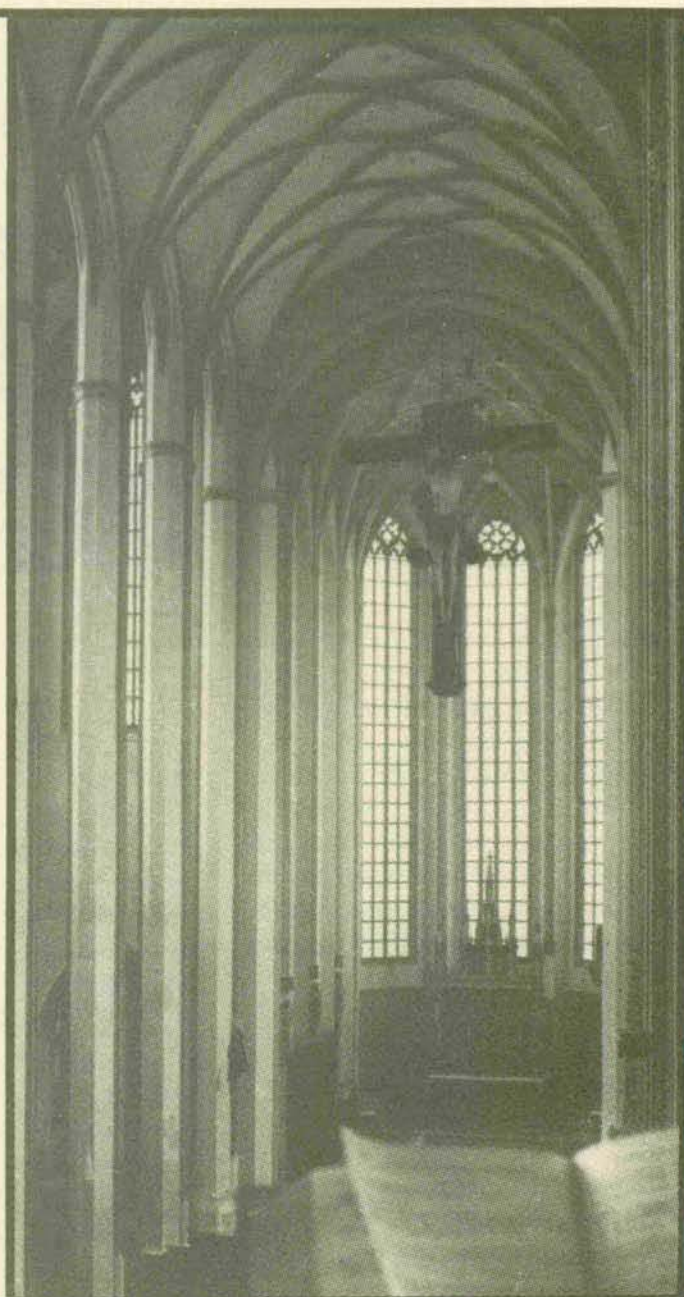
Los papas contra el milenio

● «Esperaban la parusia y llegó la Iglesia»

Juan Aranzadi

«Luego vi a un Angel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una gran cadena. Dominó a la Serpiente, la Serpiente antigua —que es el Diablo y Satanás— y la encadenó por mil años. La arrojó al Abismo, la encerró y puso encima los sellos, para que no sedujera más a las naciones hasta que se cumplieran los mil años. Después tiene que ser soltada por poco tiempo. Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio el poder de juzgar; vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, y a todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años».

(Apocalipsis, 20, 1-4)



EL increíble relanzamiento publicitario del catolicismo y el Papado que ha amortizado con creces los cuantiosos gastos de dos Concilios seguidos, ha sacado a la luz, por medio de la recurrente **profecía de Malaquías**, un tema merecedor de más atención que la que frívolamente se le ha dispensado: el **Milenio**.

Cierto que a primera vista no ha sido sino uno más de los ingredientes (junto a las intrigas de los cardenales; la sonrisa-profidén de Luciani; su misteriosa muerte entre complotos de la Curia, monjitas obligadas al silencio y rumores «a lo Borgia»; la sorpresa

de un Papa venido del Este —eficaz plagio de Morris West— y un largo y cuidado etcétera) de la admirable promoción «a lo Travolta» del supuesto sucesor de Pedro y sus ovejas.

Cierto que a segunda vista sólo gentes de tan dudoso atractivo y escaso poder de convicción como adventistas, cuáqueros, testigos de Jehová y demás sectas crecidas a la sombra de la simpleza yanqui, parecen tomarse hoy en serio el asunto éste del Milenio, agotando nuestra paciencia con urgentes admoniciones al arrepentimiento y la virtud. (A alguna de estas tribus pertenecen, según todos los indi-

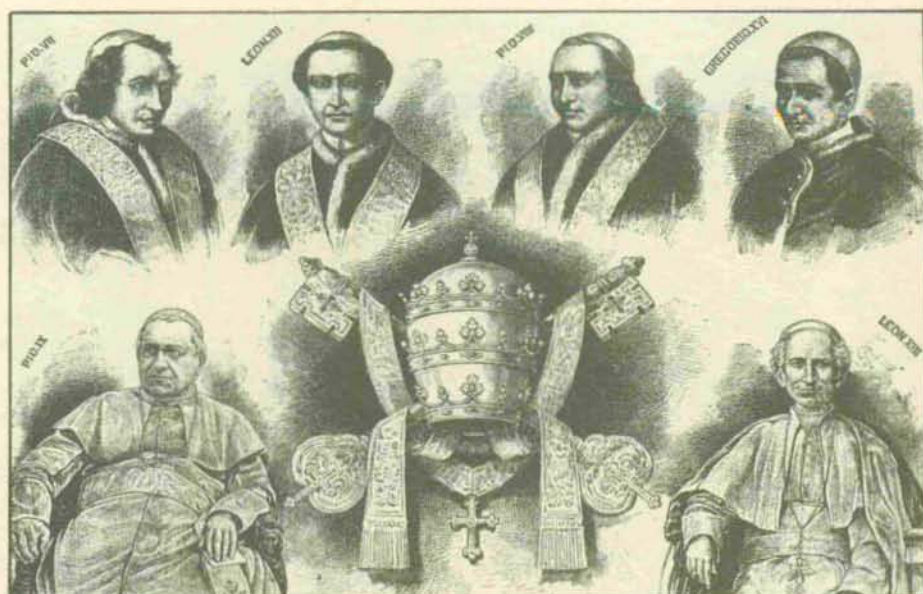
cios, los jóvenes grupos proféticos que aparecen últimamente en todas las fiestas coreando la escatológica exhortación: «A follar, a follar, que el mundo se va a acabar»).

PARADOJAS

Y, sin embargo: **del Milenio venimos, en el Milenio vivimos y hacia el Milenio vamos**. De él venimos, ciertamente. Aunque quizá menos de su realización que de la lucha en su contra y de su tumba. El caldo de cultivo del **milenario judío** nutrió el mensaje de Jesús, el **cristianismo primitivo** y sus persistentes prolongaciones heréticas; sobre su mixtificación primero y su directa represión, más tarde,

se edificó el **cristianismo ortodoxo** y la católica **Iglesia Romana**. El creciente poderío de los Papas fue el paradójico resultado histórico del anhelo milenarista primitivo. Mas no por ello murió, sino que supo conservarse durante toda la Edad Media, en las «cruzadas de los pobres», los «mesianismos sibilinos», los «espirituales», los «flagelantes» y tantos otros, para explotar en los siglos XIV-XVI como lucha abierta y radical contra la Babilonia Romana. Husitas, taboritas, anabaptistas, supusieron para el Papado un auténtico «Retorno de lo Reprimido», insufrible rememoración del crimen original de cuya sangre nació la Iglesia. También la Reforma recibió su bautismo con sangre milenarista: las cabezas de Münzer y los campesinos sublevados en pos del Reino, señalan la moderada frontera de las transformaciones luteranas. Sofocado, vencido, el milenarismo cristiano sólo se vengará del viejo mundo una vez «travestido», metamorfoseado, secularizado: primero los jacobinos, más tarde los bolcheviques, descubrirán (triunfando) la terrorífica similitud entre el Reino de Dios y el Dominio del Diablo. **Némesis** revolucionaria, cuyo compensatorio equivalente reaccionario es el paradójico destino de los misioneros cristianos convertidos en involuntarios agentes de la Revolución internacional: mal podían pensar estos abogados ideológicos del colonialismo que los fermentos milenaristas de la Biblia iban a germinar en los movimientos «nativistas» del Tercer Mundo, convirtiendo a los indígenas en decididos émulos de Macabeos y zelotas judíos.

Tales son los paradójicos cimientos milenaristas de nuestro mundo. Y a tal pasado, tal presente. W. E. Mühlmann no tiene empacho en considerar como derivación histórica de tales cimientos el utopismo, la xenofobia, el antisemitismo, el primitivismo (tanto bucólico como etnológico), el nacionalismo, el comunismo, el



El creciente poderío de los Papas fue el paradójico resultado histórico del anhelo milenarista primitivo. (Los Papas del siglo XIX).

anarquismo, el totalitarismo (de derechas o de izquierdas), el inmoralismo, el dogmatismo, e incluso el hedonismo social que subyace a la ideología del bienestar de la sociedad de consumo y la privilegiada valoración de lo irracional, por parte de las ciencias humanas actuales. Si algo no lo remedia, el Milenio es también el futuro.

Aunque la cosa suene a exageración y en parte lo sea, apunta a un problema muy real, con frecuencia subvalorado: la enorme **dificultad de liberarse del cristianismo**. Si por cristianas entendemos todas aquellas doctrinas y corrientes de ideas que históricamente se han reclamado tales, y no exclusivamente la estricta rama ortodoxa («herejía» —palabra griega que significa **secta**— que sólo se diferencia de las herejías por haber triunfado sobre ellas) se empieza a calibrar hasta qué punto sigue siendo cierto que **Occidente (y Occidente es ya hoy más o menos todo) es cristiano**. Tan desmesurado ha sido el sincretismo cristiano, tan demencial el esfuerzo teológico por conciliar lo inconciliable, tan variopinta la imaginación del creyente, que raro es el mito o rito pagano no asimilado y no hay absurdo ni desmesura no cristianizable. Contra demasiadas alegres proclamaciones, hay que constatar que **no es tan fácil**

dejar de ser cristiano. Desgraciadamente. ¿Desgraciadamente?

Algo de ello se vislumbra a través del antagónico equilibrio entre Papado y Milenio que la historia registra.

QUILIASMO Y ESCATOLOGIA

La creencia en el **Milenio** o **Quiliasmo** (del griego *chilioi*, mil) no es sino un componente o variante de la **escatología** (doctrina sobre los últimos días; deriv. del griego *tó éschaton*, lo último) judía y cristiana, resultante en cierto modo del compromiso entre el carácter puramente **terrenal** del primitivo mesianismo davidico y su progresiva **espiritualización** por influjo gnóstico y persa. Aunque los estigmas de este conciliador origen perduran a lo largo de toda su historia (explicando su frecuente función de puente entre la mística y la revolución), su carácter de fase **terrenal intermedia** para la consumación del Reino de Dios irá olvidándose y perdiendo importancia, hasta el punto de que por «**milenarismo**» puede correctamente entenderse un tipo específico de **soteriología** (doctrina de salvación) que concibe ésta como colectiva, terrestre, inminente, total (instauradora de la perfección) y milagrosa (lograda con el concurso de medios sobrenaturales), admi-



Tan desmesurado ha sido el sincretismo cristiano, tan demencial el esfuerzo teológico por conciliar lo inconciliable, tan variopinta la imaginación del creyente, que raro es el mito o rito pagano no asimilado y no hay absurdo ni desmesura no cristianizable. (Heliodoro arrojado del Templo, célebre fresco de Rafael, pintado en la segunda de las stanze del Vaticano).

tiendo todo tipo de variantes en cuanto al procedimiento de obtención (espera pasiva o preparación activa, vía pacífica o violenta, camino de ascesismo y sacrificio o de anomismo libertino) y en cuanto al modo de plasmación (ascético o hedonista, espiritualizado o materialista, comunista o no).

El tronco principal y común de las diversas doctrinas milenaristas brotó en Palestina entre los siglos II a. C. y II d. C., período que registra una impresionante floración de literatura apocalíptica (apocalipsis = revelación) y escatológica: libros de los Macabeos, de Daniel, de Enoch, Esdras IV, Apocalipsis de Baruch, Apocalipsis del Pseudo-Juan, textos esenios de Qumran, en especial «Los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas», etc.

Tamaño eclosión milenarista resulta de la fertilización por el trasfondo socio-histórico palestino de la larga evolución ideológica de la religión israelita, cuyo punto de inflexión determinante (auténtico origen del judaísmo) lo constituye la deportación a Babilonia en el año 586 a. C. Ya para entonces había nacido la idea del **Mesías**, el Ungido de Dios (Christós en griego) como fruto de la lucha y concilia-

ción entre la tradición profética yahvista y la configuración de Israel como monarquía de influjo oriental. La figura de Elías (símbolo del retorno a los orígenes de la fe israelita y de fidelidad a Moisés; signo preparador del día de la consumación divina) proyecta su inspiradora sombra sobre los profetas del siglo VIII a. C.: Amós, Miqueas, Oseas e Isaías condenan la conducta de los monarcas en nombre de Yahveh, proclaman la necesidad de retornar a un **orden social justo** acorde con el **igualitarismo** yahvista y profetizan como castigo grandes desastres que precederán al «día de Yahveh». En el Juicio que ese día tendrá lugar, serán condenados y castigados los israelitas inicuos y los enemigos de Israel, pero la esperanza de Salvación se mantendrá gracias a un remanente de justos, el «**resto**» de Israel, que tras la venganza de Yahveh reinará con El en una Jerusalén renovada, capital de todas las naciones. El «Deutero-Isaías» se alza ya a una visión **universalista** de la misión salvadora de Israel.

MESIANISMO PALESTINO

Esta incipiente ideología mesiánica experimentó un fuerte impulso y una importante

transformación por efecto del cautiverio babilónico, cuyo comienzo coincide con los inicios de la actividad profética de **Zaratustra**. Su **dualismo** cósmico que ve el mundo atravesado por la lucha del Bien y el Mal penetró hondamente en el judaísmo, así como su **escatología** que predice la final victoria de las fuerzas del Bien tras el advenimiento del Salvador, y la consiguiente **resurrección de los muertos** y restauración de la tierra o **palingenesia**. El exacerbado angelismo y **demología** que caracterizará el medio carismático palestino en tiempos de Cristo es también un legado de esta época.

Este complejo de ideas y, más tardíamente, otras de raíz griega, transmitida por influjo gnóstico, se va superponiendo (sin anularlo) sobre el primitivo **mesianismo davidico**, nacionalista, terrestre y político, cuya esperanza se cifra en la definitiva restauración de Israel.

La chispa que provocó la fusión de todo ello en un heterogéneo y potente **movimiento mesiánico** fue el intento de helenizar Palestina realizado por Antíoco IV el año 167 a. C. La respuesta judía fue la **insurrección de los Macabeos** en nombre de Yahveh, que venció a los seléucidas sirios y consiguió la independencia nacional. Más tarde, la dominación romana reavivó el nacionalismo mesiánico judío, protagonizado ahora por el movimiento de los **zelotas**, fundado por Judas «el Galileo» y el fariseo Zadok el año 6 d. C. como respuesta al censo ordenado por Roma para cobrar tributo en Palestina. En ese clima de exaltación escatológica tuvo lugar la crucifixión de Jesús, condenado por delito de sedición. Pocos años más tarde (66 d. C.) la exigencia romana de rendir culto al emperador provoca la primera guerra judía, que comienza con la entrada en el Templo como Mesías del caudillo zelota Menahém y termina con la destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70

d. C.; mientras Eleazar continúa la resistencia armada contra Roma, se suceden diversos Mesías, cuyo repetido fracaso no anula la fe popular en las profecías. El aplastamiento por Adriano del último de ellos, el caudillo de la segunda guerra judía (131-133), Simeón - bar - Kosiba, proclamado Mesías por el rabino Akiba, puso fin al milenarismo judío, cuya antorcha iba a ser pronto recogida por los cristianos.

Respondiendo a este trasfondo socio - histórico, la abundante literatura escatológica de la época eleva a un plano cósmico el combate político y desarrolla la **especulación mesiánica** en diversas direcciones, cuyo núcleo común es la figura popular del redentor davídico nacionalista, a la que se adhieren ahora una amplia gama de ideas e imágenes nuevas: el Mesías - Sacerdote, el Mesías - Profeta, el Mesías Oculto (en la tierra o en el cielo) y Revelado, el Mesías Muerto en el final combate apocalíptico que antecede a la redención final, etc. Los sucesivos fracasos de las rebeliones provocan en algunos casos una progresiva **espiritualización del mesianismo** (sustitución del combate armado por el ascetismo purificador, predominio de la espera sobre la acción, «idealización» del Reino de Dios), pero, por lo general, este gnosticismo judío, del que los **esenios** son el más acabado ejemplo, no rebasa el ámbito de sectas reducidas, pues su dualismo alma-cuerpo (de origen órfico - pitagórico) se enfrenta a la tradicional antropología unitaria hebrea.

El amplio abanico de ideologías mesiánicas que va de los zelotas a los esenios, pasando por los fariseos y los jasidim galileos, ofrece ya las variantes fundamentales que presentará el milenarismo posterior y a las que inicialmente nos referimos. Lo cual no tiene nada de extraño, pues el **mesianismo judío** constituye el **perdurable arquetipo** no sólo de los milenarismos medievales, sino también de los diver-



La creencia en el «Milenio» no es sino un componente o variante de la «escatología» judía y cristiana, resultante en cierto modo del compromiso entre el carácter puramente «terrenal» del primitivo mesianismo davídico y su progresiva «espiritualización» por Influjo gnóstico y persa. (Estatua de bronce de San Pedro, del siglo V, que se guarda en la iglesia de San Pedro de Roma).

sos **movimientos «nativistas»** surgidos en Africa, Asia y América como reacción al colonialismo europeo (escatología Tupi-Guaraní, profetismo indio de la Danza de los Espíritus, antonianos congoleños, revuelta Mau-Mau, cultos Cargo de Nueva Guinea, Mahdismo islámico, etc.). En él se dan no sólo las estructuras míticas básicas del milenarismo (fe parusiaca en un Salvador, topos de los «sufrimientos mesiánicos», mito de una perfección original recuperable, etc., etc.), sino también las premisas institucionales (medio carismático, emergencia de personalidades polarizadoras) y las **raíces históricas** perdurables de aparición del milenarismo: el **endeudamiento** como base socio-económica de los conceptos teológicos de sacrificio, redención, expiación (de ahí el odio evangélico a los publicanos, la destrucción de los libros de deudas del Templo por los zelotas, el rechazo al tributo romano, etc.), la coincidencia de dominación étnica y explotación económica de clase, una situación de contacto cultural inter-étnico y sincretismo religioso, etc. Sin embargo, la deuda más radical del milenarismo con el mesianismo judío, que explica

por qué el hinduismo y budismo no han producido sectas quiliásticas, es la **temporalidad lineal y conclusiva**. El tiempo hindú y budista, como el tiempo griego, era cíclico y ahistórico, el tiempo judío (y a su través, el tiempo cristiano y el islámico) es lineal: aunque eternamente inacabado y abierto, lo es ya antes del exilio babilónico que le añade la noción de consumación, de camino hacia el «fin de los tiempos»; lo es también en el cristianismo paulino y agustiniano, aunque la temporalidad histórica se halle providencialmente regida por la divina eternidad; lo es igualmente en los movimientos nativistas que le superponen el mito anaclítico del retorno a los orígenes.

Lo cual es tanto como decir que la conciencia histórica occidental es hija de la escatología judeo-cristiana y que la función que ésta ha desempeñado en los movimientos milenaristas ha sido la de insertar a los pueblos colonizados en la corriente (única) de la historia. Paradoja del anti-colonialismo (y quizá de todo anti-...): aquello por lo que se opone es justamente lo esencial de lo que se le impone.

DE JESUS A PABLO DE TARSO

En este marco político - religioso tuvieron lugar los hechos que dieron origen al cristianismo: la predicación de Jesús, su crucifixión como culpable de sedición (es decir, por un delito civil, no religioso), la agrupación de sus discípulos tras su muerte y la peculiar interpretación que Pablo de Tarso hizo de todo ello. Lo que sobre tales hechos nos dice el Nuevo Testamento no ofrece excesivas garantías si tenemos en cuenta lo siguiente; el canon sólo llega a fijarse hacia el año 495, tras siglos de fuertes polémicas y radicales desacuerdos sobre la ortodoxia y carácter «revelado» de muchas obras finalmente aceptadas o excluidas como **canónicas**; los **más antiguos** documentos **actualmente existentes** en que aparecen es-

critos neotestamentarios canónicos (el *Codex Sinaiticus* y el *Codex Vaticanus*) son del siglo IV; la fecha de composición de los «originales» de que éstos proceden no es en ningún caso —a excepción de las Epístolas paulinas— anterior al año 70 d. C., siendo posterior, por tanto, a la toma de Jerusalén por Tito y la desaparición de la primitiva comunidad judeo-cristiana; entre todos ellos, la máxima —aunque relativa— fiabilidad histórica corresponde a los Evangelios Sinópticos, redactados en griego por cristianos pertenecientes a Iglesias de la gentilidad que someten la biografía de Jesús a interpretaciones teológicas influidas por la predicación paulina.

Los intentos de reconstruc-

ción histórica de la figura de Jesús y del cristianismo primitivo en base al estudio crítico del material neotestamentario y su comparación con las cada vez mayores fuentes de conocimiento histórico de la Palestina de la época, han recorrido toda la gama de matices del mesianismo judío, situando a Jesús bien en la línea zelota, bien en la esenia, bien en la de los «jasidim» carismático. El peso político y la influencia social que el cristianismo conserva aún, ha teñido con frecuencia la investigación histórica de intereses políticos, especialmente por lo que se refiere al debate en torno al carácter revolucionario o conformista, violento o pacifista, del mensaje cristiano y al carácter terrenal o celestial del Reino de

Dios anunciado. Diversos pasajes evangélicos permiten ambas lecturas, y los dos tipos de posturas se hallaban representados en el espectro del mesianismo judío, por lo cual la opción por una u otra nos dice más sobre la ideología del optante que sobre la de Jesús. Lo curioso es que el antagonismo con que ambas alternativas se nos presentan hoy se disuelve en gran medida en el seno de los movimientos milenaristas: la dialéctica de la espera y de la acción observable en numerosos nativismos medievales y modernos que han pasado con extraordinaria facilidad del adventismo escapista y pacifista a la acción violenta, y viceversa, revela que bajo la fuerte tensión creada por la inminente expectativa escatológica se disuelven fácilmente los contrastes entre los polos extremos de las sectas quiliásticas. La disolución de la personalidad opera como frecuente puente psicológico entre la mística quietista y la entrega fanática a un movimiento colectivo. El **rechazo común del mundo presente** une a gnósticos espiritualistas y a milenaristas terrenales más de lo que les separa su divergente valoración de lo material. Equidistantes de unos y otros y esterilizando el núcleo escatológico, inspirador del milenarismo de uno y otro signo, la ortodoxia cristiana seguirá la nueva vía abierta por San Pablo en lucha con el judeo-cristianismo primitivo (varios escritos neotestamentarios conservan el eco atenuado, pero indudable, de este conflicto entre «dos evangelios»: Hechos, XV; Gál. II; I Tes. II, 14). La primitiva comunidad cristiana de Jerusalén reaccionó al «shock» de la crucifixión de Jesús (considerada inicialmente como testimonio de su fracaso como Mesías) imprimiendo una original inflexión a la ideología mesiánica: la creencia en que Jesús es el Mesías prometido, pasan a fundamentarla en la fe en su resurrección (justificando de paso la necesidad de su muerte), recurriendo, en consecuencia, a



El tronco principal y común de las diversas doctrinas milenaristas brotó en Palestina entre los siglos II a. C. y II d. C., periodo que registra una impresionante floración de literatura apocalíptica. (Cuadro de escuela veneciana, que se conserva en la iglesia de San Martín de Landshut).

una doctrina de la Salvación en dos etapas que predice la **Segunda Venida del Mesías Resucitado**, esta vez como Rey triunfal y Juez universal. Esta **Parusía** era para los primeros cristianos inminente, configurándose sobre su espera febril una comunidad escatológica expectante, practicante del comunismo de bienes y una ética radical del altruismo y el arrepentimiento, cohesionada en torno a la repetición de la fórmula **Maranatha** («el Señor va a venir»).

En contraposición a este mesianismo, San Pablo convierte la crucifixión en acontecimiento redentor que desplaza en importancia a la Parusía: la Salvación no es ya algo que se espere del futuro, por inminente que éste sea, sino que ya ha ocurrido con el sacrificio de Cristo, cuya expiación opera una transformación sobrenatural en quienes acogen en el carisma de la conversión individual. Por un mismo movimiento, San Pablo priva de sentido a la escatología, individualiza e interioriza la salvación y espiritualiza el Reino de Dios, convirtiéndolo en una realidad actual de carácter místico, en Cuerpo Místico, pneumático, cuya cabeza es Cristo, mantiene la fe en la Parusía y conserva el lenguaje escatológico, pero aquélla no aporta ya nada radicalmente nuevo y no será sino la definitiva transparencia «para el mundo» de la salvación ya presente. Aunque la doctrina paulina es en gran medida una gnosis moderada, su localización en el interior del hombre del origen del mal (identificado por los gnósticos con la materia) le permite sustituir el rechazo del mundo propio de éstos por la distancia interior frente al mismo, compatible con la obediencia y la sumisión al Estado y la autoridad. Es decir, San Pablo suprime del cristianismo las dos ideas nucleares que encierran potencialidades milenaristas: el rechazo del mundo y la espera de la Parusía.

LA IGLESIA

Aunque inicialmente el evan-



La sorpresa de un Papa venido del Este...
(S. S. Juan Pablo II).

gelio paulino fue rechazado por las cabezas reconocidas de la primitiva comunidad cristiana (Juan, Pedro y, sobre todo, Santiago, el hermano de Jesús), el futuro era suyo: la desaparición de ésta como consecuencia de la primera guerra judía y el persistente retraso de la parusía, favorecieron el triunfo de Pablo. El camino abierto por él alcanza su culminación en los textos canónicos atribuidos a Lucas y Juan. Todo el cuarto evangelio (lleno de contradicciones con los Sinópticos) no es sino la interpretación teológica y mística de la vida de Jesús al servicio de una tesis que aúna la soteriología paulina y la teoría filoniana del Logos divino, añadiéndole lo que marcará el rasgo distintivo del cristianismo futuro: la Encarnación del Verbo. En él se le hace proclamar al propio Jesús el carácter exclusivamente espiritual del Reino de Dios (Juan XVIII, 36-37) y la desescatologización del mensaje cristiano es llevada hasta el punto de repudiar prácticamente la doctrina judía de la resurrección de los muertos y el juicio final para sustituirla por la teoría de la vida eterna en Cristo (desde ya) por la fe en El (Juan XI, 24-27). Pero quien realizará una

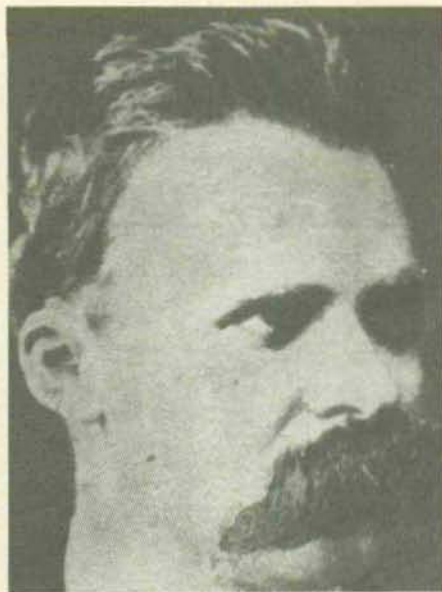
completa reinterpretación de la escatología apocalíptica judeo-cristiana al servicio de la nueva teología paulina, buscando, además, la síntesis conciliadora de los «dos evangelios» en pugna, es Lucas, sobre todo en los «Hechos de los Apóstoles», verdadera acta de nacimiento de la Iglesia cristiana. En Lucas aparece claramente una interpretación intemporal del Reino, que deja de ser una realidad histórica para convertirse en entidad metafísica: «el Reino de Dios está dentro de vosotros» (Luc. XVII, 21). En virtud de dicha interpretación, el fenómeno Iglesia sustituye y desplaza en importancia al fenómeno Parusía; el tiempo de la Iglesia y el tiempo de la Parusía se superponen y confunden, pues la Resurrección de Cristo inaugura la Parusía de ahora en adelante, concibiéndose ésta no ya como un punto, sino como una línea indefinida: todo lo que en el mesianismo era futuro se irá haciendo con la Iglesia presente espiritualizado que se dilata y consume en el futuro. Se halla aquí ya implícita la línea argumental antimilenarista que seguirá San Agustín en el libro XX de la «Ciudad de Dios». El arraigo entre los cristianos de la creencia en el Milenio era tal que aparece repetidamente en los escritos de los primeros Padres: Bernabé, Papias, San Justino, San Ireneo, Lactancio, Tertuliano, Victorino de Pau, Olimpio y Metodio sostuvieron la doctrina milenarista (no faltaron intérpretes materialistas, como Cerinto, que daban un sentido carnal al milenio o Commodiano que invitaba a tomar las armas para implantarlo). Ello obligó a San Agustín a proceder a una sutil y sistemática exégesis de los textos neo-testamentarios en que tal creencia se basaba para ofrecer una reinterpretación espiritualista carente de toda virtualidad revolucionaria; San Agustín identifica el Milenio con el tiempo actual desde la venida de Cristo hasta su aparición gloriosa al fin de los siglos: «porque

ahora la Iglesia se llama reino de Cristo y reino de los Cielos. Así que también reina ahora Cristo con los santos, aunque de diversa manera reinarán entonces».

El milenario Reino de Cristo, proclama San Agustín, es la Iglesia, poseedora de plenitud de poderes para atar y desatar, organización terrenal que tiende a confundirse con la espiritual Ciudad de Dios. El giro agustiniano es históricamente crucial, pues supone el encauzamiento del caudal milenarista hacia un terreno que, al tiempo que seca aquel caudal, sirve de cimiento a su futuro dique. Es enormemente significativo que la misma obra que sofoca el milenarismo cristiano siente las bases teológicas de la organización de la Iglesia e incluso de la aspiración al predominio sobre el poder temporal que constituirá la perdurable ambición del Papado.

Paralela a esta evolución doctrinal se desarrolla el surgimiento de la Iglesia como institución y su desarrollo organizativo. En el corto plazo de cuatro siglos tienen lugar una serie de cruciales transformaciones entre las que destacan: el nacimiento de la idea misma de Iglesia (inicialmente inexistente), el paso de la Iglesia concebida como comunidad mística viviendo una anarquía pneumática a la Iglesia entendida como institución organizada, la progresiva estructuración de las iglesias particulares a impulsos del desarrollo ritual y el nacimiento del clero, la evolución hacia el episcopado monárquico y el progresivo aumento de poder del obispo y el clero, la configuración de la idea de catolicidad de la Iglesia y el reconocimiento de la autoridad de los metropolitanos, el final predominio de los cuatro patriarcados (Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Roma).

Ni Cristo ni los apóstoles fundaron ni desearon la Iglesia. Tanto uno como otros vivieron convencidos de la inminencia en la realización del Reino de Dios. La idea de Igle-



Esta incipiente ideología mesiánica experimentó un fuerte impulso y una importante transformación por efecto del cautiverio babilónico, cuyo comienzo coincide con los inicios de la actividad profética de Zaratustra. (En la foto, Nietzsche).

sia nació de la universalización de la esperanza cristiana, de su trasplante a terreno griego. La expulsión de los conversos cristianos de las sinagogas judías obligó a la formación de comunidades cristianas autónomas en las que se registra un comienzo de desarrollo ritual (ninguno de los llamados Sacramentos fue establecido por Cristo o los apóstoles). Dichas comunidades lo eran de carácter místico y espiritual, carentes de toda organización fija y establecida y de autoridad doctrinal; en ellas gozaban de atención y predominio los «inspirados», profetas y apóstoles itinerantes a quienes guiaba el Espíritu «que sopla donde quiere». A medida que se fue pasando de la anarquía pneumática a la organización estructurada, estos profetas fueron temidos, preteridos y excluidos de la comunidad en favor de un naciente clero, cuyas funciones se limitaban inicialmente a los aspectos temporales, administrativos y preparatorios del ritual sin interferir en lo doctrinal o pastoral ni monopolizar la celebración de los ritos. Los primeros presbíteros (antiguos), episcopos (vigilantes) y diáconos (servidores) no eran sino lo que sus nombres significaban; sólo más tarde se convertirían en sa-

cerdotes, obispos y diáconos. A lo largo del siglo II va fraguando la convicción de la fraternidad cristiana de las diversas Iglesias particulares, basada en una **comunidad doctrinal** presuntamente fundada en la tradición apostólica. Tal convicción favorece la rápida evolución hacia el **episcopado monárquico** al estimular la confusión de las funciones de instrucción, edificación y administración. Inicialmente, los obispos (pues había varios en cada comunidad), como el clero en general carecían de autoridad doctrinal y pastoral; la lucha contra (entre) las herejías impulsó la autoadjudicación de tal autoridad por el obispo, aprovechando la necesidad de seguridad en la fe experimentada por la comunidad. Las persecuciones y las crisis heréticas favorecieron el triunfo del monárquico episcopal que consiguió en el siglo III que se identificara unidad de fe y unidad de organización. La naciente jerarquía episcopal buscó justificación en la tradición apostólica y se multiplicaron las legendarias listas que en cada una de las iglesias conducía desde un primer apóstol al obispo actual. El creciente poder del obispo, directamente elegido por toda la comunidad al principio y cada vez más autónomo y escogido en un ámbito crecientemente restringido, fue acompañado del creciente poder del clero (que incluía mujeres diaconisas y no obligaba al celibato). Algunos miembros de éste siguieron viviendo de su trabajo, pero en general se profesionalizaron y pasaron a «vivir del altar». La comunidad cristiana se jerarquizó, minimizó hasta la nulidad el lugar de los laicos y la Iglesia tendió poco a poco a dejar de ser la comunidad de los fieles para confundirse con los diversos escalones del clero.

La tendencia de las Iglesias particulares a consultarse, colaborar, ayudarse y llegar a un acuerdo doctrinal fue dando cuerpo a la idea de una Iglesia católica (universal) a la par que fue supeditando las Igle-

sias pequeñas a las grandes en un proceso que condujo en el siglo IV al reconocimiento de la autoridad de los metropolitanos, al nacimiento de arzobispos y a la proclamación por el Concilio de Nicea (en que se elaboró el Credo) de la primacía igualitaria de los cuatro patriarcados: Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Roma. Dogmatización, jerarquización, centralización, tal es la triple tendencia que desde el comienzo guió el destino de la Iglesia.

Este proceso de metamorfosis de la Parusía y el Milenio en Iglesia pone de manifiesto un rasgo perdurable de los movimientos mesiánicos: la **función del fracaso de la profecía**. Todos los movimientos milenaristas sobreviven al incumplimiento de sus profecías, el fracaso no conduce nunca a la pérdida de la fe, sino a su inagotable reinterpretación en función de las perspectivas del grupo (verbigracia: la doctrina cristiana de la Segunda Venida del Mesías). Sin embargo, tal supervivencia suele realizarse al precio de un cambio de estructura que institucionaliza el movimiento en secta o Iglesia. La institucionalización va normalmente acompañada de una retirada del «Espíritu», de una pérdida del impulso espontáneo en beneficio de la instauración de un dogma que opera como factor de sistematización y racionalización teológica y como elemento de cohesión organizativa.

Tras cada aspiración milenarista, una Iglesia acecha su oportunidad.

SUPERVIVENCIAS HERÉTICAS

De todas formas, la metamorfosis del Milenio en Iglesia no fue completa, el triunfo del evangelio paulino sobre el mesianismo judío no fue total: la ortodoxia cristiana mantuvo un difícil equilibrio entre las fuentes ideológicas de que provenía. Además del lenguaje escatológico que las Epístolas paulinas conservan (aunque vaciado de sentido) y la concepción del Reino de

Dios como inminente que Marcos y Mateo dejan con frecuencia aparecer, el canon incluye dos obras con una clara impronta del mesianismo judío: la «Epístola de Santiago» y el «Apocalipsis». Este último constituirá, junto al «Libro de Daniel», la inspiración doctrinal de todo el milenarismo medieval y el nativismo moderno tercer-mundista.

Pero la principal perduración del mesianismo original no cupo en los estrechos márgenes de la ortodoxia y se manifestó en diversas herejías de los primeros siglos.

Los **ebionitas**, a quienes se debe el «Evangelio según los hebreos», constituyen la última manifestación del judeo-cristianismo primitivo que rechazaba el evangelio paulino y seguía colocando en el centro de su fe la espera de la inminente Parusía de Cristo para instaurar su Reino. La difícil situación histórica de Palestina, su incómodo lugar entre judíos y cristianos y la carencia de desarrollo teológico de su doctrina, hizo que el evangelio ebionita languidciera poco a poco, perdiéndose con él los últimos restos de la primera fe de los discípulos de Jesús (el judeo-cristianismo subsistió en algunas sectas orientales que más tarde influirían en la educación de Mahoma, convertido así en

heredero imprevisto, pero directo, de Jesús).

Mucha más importancia histórica tuvo el **montanismo**, movimiento milenarista, ascético y místico, estático y visionario, iniciado el año 156 d. C. en Frigia, cuando Montano se declaró la encarnación del Espíritu Santo, del «Espíritu de Verdad» que debía revelar el futuro. El anticlericalismo de los montanistas muestra la lógica profunda de una característica constante de los movimientos milenaristas: su afán anti-jerárquico, anti-autoritario, anti-institucional. La confianza en la pronta aparición de la «nueva Jerusalén» priva de sentido a toda organización «de este mundo»; donde el Espíritu sopla, sobra la Iglesia. De ahí que los montanistas postularan un retorno al rigorismo cristiano primitivo y a la simplicidad inicial, rechazando al clero y su organización jerárquica. Entre las profecías quiliásticas y las críticas contra la institución eclesiástica, entre las ansias milenaristas y la exaltación de la pobreza o el misticismo, habrá siempre unos fáciles vasos comunicantes; movimientos que comienzan en un polo terminan insensiblemente en el otro en virtud de su propia dinámica. El ojo de la Iglesia ha sido siempre muy sensible a estas



La sonrisa-profidem de Luciani; su misteriosa muerte entre complots de la Curia, monjitas obligadas al silencio y rumores «a lo Borgia». (S. S. Juan Pablo I).

fáciles transiciones, atajando prontamente lo que al principio pudiera parecer inocente: conoedora de todo lo que ella ha negado para levantarse, percibe claramente las conexiones entre las más diversas cosas que le nieguen.

Una conexión de este tipo se observa también en el movimiento **donatista**, nacido de una exigencia de pureza y rápidamente convertido en movimiento milenarista y social-revolucionario. Lo que comenzó como rechazo rigorista de un obispo con un pasado de lenidad y **traditio** (entrega de las Escrituras a la autoridad civil para escapar al martirio), durante la persecución de Diocleciano se agravó con la irrupción de los guerrilleros **circumcelliones** (soldados de Cristo), que quemaban los libros de deudas y vehiculaban una clara protesta social. El rechazo donatista de la validez de los sacramentos administrados por un ministro impuro, su radical rigorismo, su total exigencia de pureza a la Iglesia, impide prácticamente a ésta su existencia «en este mundo», al excluir cualquier transacción o compromiso con el mal por parte de la Ciudad de Dios. La teoría agustiniana de la **mezcla** de las dos ciudades o tipos de hombre mientras dure el mundo tendía a conceder a la Iglesia una capacidad de maniobra que los donatistas impedían. Fue la crisis donatista la que impulsó a San Agustín a

defender la utilización del poder temporal para combatir la herejía, delimitando así claramente la frontera que en el futuro separará y opondrá el tándem Iglesia-Estado a los movimientos milenaristas.

LEYENDA DEL PAPADO

Decir tándem Iglesia-Estado es tanto como decir Papado, pues la historia de los Papas se confunde con la historia de la configuración estatista de la Iglesia, de la creación de un Estado eclesiástico y del intento de subordinación del Estado a la Iglesia. Al servicio de esa historia se gesta la leyenda del Papado. «Legenda»: lo que debe ser leído; durante muchos siglos, la fabricación de documentos fue la industria genuina de Roma. Se empieza tempranamente con las varias y contradictorias listas de obispos que hacen remontar hasta Pedro la «tradición apostólica» del episcopado romano. El año 451 asiste a la invención de una adición al canon 6 del Concilio de Nicea que probaría el temprano reconocimiento de la supremacía romana; la confrontación con el original griego mostró su inautenticidad. De similar modo, el Papa Zósimo había intentado poco antes colocar bajo la autoridad del Concilio de Nicea unos cánones favorables del de Sárdica, deformando además su sentido. Todo lo que «sabemos» de los Papas de los primeros siglos, lo debemos al «Liber Pon-

tificalis», colección de biografías papales cuyos más antiguos pasajes remontan al siglo VI, redactadas al servicio de preocupaciones e intereses pontificios de su tiempo. De esa misma fecha es la adición por el monje Dionisio el Pequeño de cierto número de decretales papales a una colección de cánones conciliares; la costumbre cundió, buscando provocar un efecto de identificación de la autoridad de ambos tipos de documento. El procedimiento tuvo éxito y no se tardó en añadir decretales falsos a los verdaderos: el siglo IX vería toda una colección de falsificaciones, las «Decretales del Seudo Isidoro», que establecían la invalidez de una decisión conciliar no aprobada por el Papa y la pertenencia a éste del poder supremo de la Iglesia. Nicolás I aceptó agradecido las falsas decretales y Gregorio VII (1073-1085) incrementó hasta el vértigo las falsificaciones interesadas, que fueron reunidas en 1140 por el monje Graciano en un corpus que sentó la base jurídica de todo el sistema papal y fue abundantemente utilizado por teólogos que, como Tomás de Aquino, procedieron a fundamentar la autoridad pontificia. Si falsas son las bases del poder espiritual del Papado, no lo son menos las de su poder temporal: el siglo VIII asistió a la fabricación de una inexistente «Donación de Constantino» para inducir a Pipino el Breve a reconocer la soberanía territorial del Papa.

La investigación histórica ha ido descubriendo toda esta ingente superchería al tiempo que ha ido revelando que la pretendida supremacía de Roma es, antes del siglo XI, poco más que la frustrada pretensión de algunos (no todos) Papas.

Antes del año 1000 no se conoce ni una sola ocasión en que un Papa se haya pronunciado, **por su autoridad particular y propia**, sobre algún punto de doctrina, o haya interpuesto su persona entre un obispo y su grey en los asuntos



El increíble relanzamiento publicitario del catolicismo y el Papado que ha amortizado con creces los cuantiosos gastos de dos Cónclaves seguidos, ha sacado a la luz, por medio de la recurrente «profecía de Malaquías», un tema merecedor de más atención que la que frívolamente se le ha dispensado: el Milenio. (Cualquier día en la Plaza de San Pedro...).

ordinarios de una diócesis, o reclamado una contribución fuera de los países sometidos a su obediencia directa.

Antes de la caída del Imperio Romano, la doctrina de la supremacía papal no existe, ni tan siquiera en Roma. Ni un solo texto patrístico de los seis primeros siglos proclama la existencia legal de la autoridad pontificia y muchos le quitan valor, llegando en ocasiones (San Basilio en el siglo IV) a acusar al obispo de Roma de orgullo, de presunción y casi de herejía. Los siete primeros Concilios Ecuménicos fueron convocados por el Emperador y no por el Papa (que ni tan siquiera estuvo representado en todos), siendo los concilios o los sínodos y no el Papa quienes regulaban los asuntos de la cristiandad y se pronunciaban en los debates dogmáticos; con tan escaso respeto por la «infallibilidad pontificia» que el Concilio III de Constantinopla, por ejemplo, declara al Papa Honorio I culpable de la herejía monotelita, condena su memoria y hace quemar sus escritos.

Podrían multiplicarse los ejemplos de conflictos del obispo de Roma con otros obispos que demuestran que lo único que al pontífice romano se le reconocía en los primeros siglos era una primacía de honor, un gran respeto y cierto derecho al fraterno consejo, pero en ningún caso se aceptaba su autoridad doctrinal o disciplinaria. Baste con decir que desde la muerte de Constantino hasta el fin de la crisis iconoclasta (337-843), hay cisma probado (repartido en siete crisis) entre las Iglesias orientales y Roma, durante 248 años, casi la mitad del tiempo. Poco después vendrá el cisma de Focio y un siglo más tarde la definitiva ruptura de Miguel Cerulario; no parece que antes de ésta, los orientales respetasen mucho la pretendida autoridad de Roma. Y tampoco los occidentales, pues el cisma de Aquileya (553-700) mantuvo enfrentadas a Roma y separadas de ella las Iglesias de Aquileya,



La consolidación del Papado va a ser contemporánea de una reanimación del milenarismo cristiano, de una polifacética eclosión de herejías en lucha con las cuales curtió el Papado su nuevo poder. (El cardenal Valeriano Gracias, arzobispo de Bombay, en un descanso entre dos cónclaves).

Istria, Liguria, Milán y Toscana.

Ni tan siquiera todos los Papas aspiraron a su primacía: Gregorio el Grande, a fines del siglo VI, rehusó aceptar el título de patriarca ecuménico o de obispo universal, calificando tales pretensiones de «tontería expresada a la ligera».

Pocas cosas, pues, más indefendibles que la leyenda de Cristo fundando el Papado en la persona de Pedro, Pedro muriendo como obispo de Roma y una larga y directa serie de Pontífices sucediéndole a los que la cristiandad siempre concedió la suprema autoridad y el don de la infalibilidad.

Ya vimos los grandes cambios y saltos habidos entre Cristo y la organización de la Iglesia. La evolución que conduce a ésta hasta la **monarquía papal** no es sino el resultado de la confluencia de dos factores: la perduración de la tendencia eclesiástica a la jerarquización y centralización y una

larga serie de circunstancias políticas que darán forma diversa a esa tendencia. La capitalidad del Imperio hacía partir con buen pie a Roma en la disputa por culminar el proceso de centralización eclesiástica; la caída del Imperio occidental y el traslado de la capitalidad a Constantinopla promocionó a esta ciudad por encima de los otros patriarcados de Oriente y la enfrentó a las pretensiones romanas. La tendencia a la centralización se convirtió en tendencia a la bipolarización y el cisma de Cerulario convirtió inapelablemente a Roma en cabeza de la cristiandad occidental. Desde el siglo V, los Papas buscaron independizarse del Emperador bizantino, consolidar su poder temporal y alzarse con la suprema autoridad de la Iglesia. La alianza con los reyes francos en el siglo VIII constituye el comienzo de la triunfal andadura papal, que estuvo, sin embargo, al borde del descalabro en el siglo X, cuando el Papado se convierte en juguete de los barones romanos y las intrigas femeninas de la marquesa de Spoleto destronan y coronan Papas mediante asesinatos y envenenamientos. Otón I y el Sacro Imperio Romano-Germánico salvaron al Papado del oprobio para hacerlo caer en la dependencia del emperador. Pero los Papas reformadores del siglo XI, apoyándose en el nuevo espíritu de Cluny y en el ejército innumerable de los regulares, lucharán por la independencia y pondrán los definitivos cimientos de la monarquía que en adelante regirá a la Iglesia.

La represión de las sectas milenaristas y de los elementos mesiánicos del cristianismo fue la precondition de una evolución que condujo al Papado. La consolidación de éste va a ser contemporánea de una reanimación del milenarismo cristiano, de una polifacética eclosión de herejías en lucha con las cuales curtió el Papado su nuevo poder.

Pero ésa es ya otra historia. ■
J. A.